

# EL CERCO DE ZAMORA

---

ENSAYO ÉPICO, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

## PRÓLOGO

Cuando la Academia Española, queriendo probar el vigor de los ingenios castellanos, propuso un premio para el que fuese vencedor en la liza que había abierto, yo compuse este poema sin las ilusiones que presta la esperanza. Quizá ninguno de los jóvenes que se han dedicado á la Poesía ha escrito menos versos que yo, y quizá ninguno ha rendido más homenajes ni tributado más adoraciones en los altares de las Musas. El poeta, que en la infancia de las sociedades amansa su ferocidad con los sonos de la lira, preside también á su civilización conservando la cadena de las tradiciones: privilegiado entre todos los seres, su destino es que nada haya grande sin su presencia, necesaria igualmente en aquellos acontecimientos que elevan la sociedad á su más alto grado de esplendor, y en aquellas grandes convulsiones que la precipitan ó la despedazan. El poeta, que cife el laurel de la victoria en las sienes de los héroes, canta también el himno funeral sobre el sepulcro de las naciones: la lira es igualmente sublime sobre el escudo del vencedor y sobre la tumba del vencido.

Yo no podía pulsar esta lira sin profanarla; pero tampoco pude guardar silencio cuando todos alzaban el canto, y compuse este poema, menos como poeta, que como admirador de las Musas. La prórroga concedida por la Academia hubiera destruído mi ilusión si la hubiera tenido alguna vez; yo no volví á remitir este canto, conociendo que sería inútil mejorarle y temerario permanecer por más tiempo en la arena, en donde no podía luchar con esperanzas. El premio concedido después al señor Barón de Bigüezal, me convenció más y más de que yo no hubiera podido luchar con un talento tan distinguido; mi mayor placer consiste en hacerle la justicia á que es

acreedor, aunque mi voto sea de muy poca importancia para él después de haber obtenido el de jueces tan imparciales y conoedores. Las bellas octavas de su poema, aquellos versos tan numerosos y llenos de armonía, la sencillez de su plan, la pureza de su dicción y la nitidez de su estilo, le hacen distinguirse entre nuestras composiciones modernas, y colocan á su autor entre el corto número de aquellos que aún conservan entre nosotros el fuego sagrado que está destinado á no perecer, sino cuando se extinga en las sociedades el germen de las grandes acciones y de los pensamientos generosos.

La Academia ha cumplido dignamente los deberes que su instituto la impone: como Cuerpo esencialmente conservador, ha debido rechazar aquellos poemas en que se encuentran innovaciones peligrosas para el gusto, y premiar al que, siguiendo la marcha trazada por los grandes maestros del arte, hubiera sido leído con placer en los tiempos felices de la Grecia.

¡Cuán lejos estamos de esos siglos! Los hijos de los bárbaros del Norte no se acuerdan de ellos, porque sus padres no oyeron los acentos de su lira desde las nieves del Polo. Nuestra vista no alcanza á ver más allá de nuestra cuna: la sociedad moderna no entiende el lenguaje de la sociedad antigua: demasiadas revoluciones las separan para que puedan entenderse. Pero como el destino de las ideas es no perecer jamás, algunos cuerpos inmóviles colocados en medio de esta sociedad fluctuante y borrascosa conservan el depósito sagrado de las ideas de la antigüedad, como aquellas inscripciones cuasi borradas por la mano de los siglos que el anticuario encuentra en una columna sepultada entre las ruinas: en vano el pasajero fija sobre ellas una mirada estúpida; nada le dicen ni á su corazón, ni á sus sentidos: la columna es para él un misterio, las inscripciones un enigma.

Así la Europa encierra en sí dos sociedades que, estando en contradicción, contribuyen, sin embargo, á realizar la gran idea que preside á la formación del Universo: la sociedad de

las tradiciones, que vive de lo pasado, y la sociedad de los progresos, que vive de lo presente<sup>1</sup>; la primera es necesaria, porque los pueblos sin tradiciones se hacen salvajes; y la segunda, porque, ofreciendo nuevas páginas á la Historia y nuevas combinaciones al espíritu, impide que los pueblos sean estúpidos ó lleguen á ser estacionarios: la primera se apoya en principios inflexibles, porque, viviendo de lo pasado, lo pasado, como la eternidad, no está sujeto á variaciones; la segunda no se apoya en principios fijos y determinados, porque el presente es un movimiento continuo, una perpetua ondulación. Los individuos que componen la Academia pertenecen á la primera sociedad, porque por la universalidad de sus conocimientos y la elevación de su doctrina no son el ornamento de una época, sino el ornamento de los siglos; y porque, respirando en una atmósfera más elevada, consideran las verdades en su existencia absoluta, y despojadas de todo lo que es local y transitorio. Yo, apenas conocido de las Musas y no iniciado en los misterios de las ciencias, pertenezco á la segunda: hijo del siglo XIX, sólo del siglo XIX recibiré mis débiles inspiraciones: yo seré el eco de la sociedad que me ha dado mi lira y en que se agita mi existencia.

En nada ejerce una influencia más poderosa el estado social de los pueblos que en el carácter de su poesía: hija del sentimiento y las costumbres, en la parte que tienen de individual y de característico, ella es el resultado de todas las *emanaciones* que se desprenden de una sociedad homogénea, y ninguna revolución puede verificarse en la manera de sentir de esta sociedad sin que la haga también variar de marcha, perturbando su armonía. Los que la consideran sujeta á ciertas reglas fijas é invariables la consideran como una abstracción, existiendo por sí sola, cuando, por el contrario, es siempre una consecuencia necesaria de la manera particular de sentir de cada pueblo en los distintos períodos de su civilización<sup>2</sup>. Esta cali-

<sup>1</sup> No hay contradicción alguna entre progreso y tradición; antes debe decirse que sin tradición verdadera no hay verdadero progreso.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> La especie de teoría estética que aquí exponía Donoso, se resiente de sus pocos

dad no puede abstraerse porque las individualidades no se abstraen, y el sentimiento es la parte más individual de las naciones; cuando una gran revolución las agita, ellas se transforman, ó varían de marcha como individuos, pero conservan siempre el carácter de la especie. El error que yo combato ha nacido de que se ha considerado á la Poesía como un atributo de la especie humana en general, debiendo considerársela como la expresión de la manera de sentir de cada una de las naciones que constituyen la especie humana; manera que es siempre distinta en los distintos períodos de su historia y de su existencia. En vano la razón absoluta ha querido trazar un círculo inflexible alrededor de la Poesía; él ha sido borrado siempre por la planta de los siglos ó por la huella de las revoluciones. Así, yo no considero á la Poesía de una manera absoluta porque no soy filósofo; no busco su carácter en los preceptos de la razón, le busco en las entrañas de los pueblos.

Hay ciertas analogías en el desenvolvimiento de las diversas facultades de la inteligencia, que llamarán siempre la atención de los hombres pensadores aunque nada digan á los espíritus comunes. Todos los pueblos, en su período primitivo de barbarie, han sido más bien una asociación de individuos que una sociedad organizada: éste es el período de la unidad individual y de la independencia del hombre. Cuando los primeros rayos de la civilización social iluminaron á estos pueblos, la dignidad del individuo se perdió en la dignidad de la familia: la unidad dejó de ser absoluta y empezó á ser sintética. Cuando la civilización estuvo más adelantada, la unidad de familia se perdió en la unidad de clases. Y, finalmente, obedeciendo el hombre á la necesidad de generalizar, estas tres unidades se perdieron en la unidad de principios; entonces se estableció la gran síntesis social, y los pueblos llegaron á su más alto grado de esplendor. Todas las revoluciones han recorrido esta carre-

años en la época en que escribí este prólogo; es, pues, tan incorrecta como la soñada teoría del desenvolvimiento social que contienen las líneas posteriores.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ra. Los bárbaros del Norte luchaban entre sí como individuos y para conservar su independencia como hombres; luego que conquistaron el Imperio y se asentaron sobre la Europa desgarrada; luego que sus tiendas, eternamente flotantes, se fijaron en su suelo, todas las guerras civiles tuvieron por objeto un interés de familia: los blancos y los negros, los güelfos y los gibelinos, ocupan este período de la Historia; cuando ya las repúblicas italianas llegaron á adelantarse más en la carrera de su perfección, las convulsiones que las agitaron tenían por objeto, no el triunfo de una familia sobre otra, sino el de la nobleza ó el de la plebe; y cuando ya constituyeron su existencia por el triunfo de una de estas clases, la lucha pasó de los muros de una ciudad al campo de batalla: las naciones ya constituidas se precipitaron en la arena; el hombre, la familia y la clase desaparecieron para siempre, y los pueblos lucharon por el imperio del mundo y el monopolio de la gloria.

Aquí concluye la Edad Media, ó la existencia de los grupos, y empieza nuestra historia y la existencia de las Monarquías: pero las naciones se han hermanado en el mismo campo de batalla adonde habían sido llamadas para devorarse: ya no hay naciones en Europa, sino una sociedad europea; ya las guerras no tienen por objeto el engrandecimiento ó la gloria, sino el triunfo de una bandera ó la dominación de un principio. La dignidad del individuo preside al nacimiento de las sociedades humanas; la dignidad de la especie las espera en su más alto grado de esplendor. Entre estos dos puntos eternos, que son los polos del mundo moral, marcha el espíritu humano, luchan las sociedades y se ejercita la Historia: ésta no es otra cosa sino la relación de las revoluciones que han sido necesarias para que el hombre, que empezó á luchar con el hombre por la posesión de los goces materiales, llegue á sacrificar su vida por el triunfo de una idea <sup>1</sup>.

Esta ley de la generalización, que preside á la marcha de

<sup>1</sup> El lector advertirá por sí mismo que esta concepción de la Historia es no menos fantástica que el imaginario progreso en que se funda.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

las sociedades, preside también á la marcha del mundo intelectual. La Naturaleza tal vez no ha creado más que individuos; pero el hombre, obedeciendo á la necesidad de su destino y á las formas de su entendimiento, ha reunido los individuos para crear las especies<sup>1</sup>, las especies para formar los géneros, los géneros para formar los mundos, y al fin de estas unidades, cada vez más sintéticas y generalizadas, ha podido contemplar á la unidad por esencia, á la que las encierra todas en su seno, á Dios.

Este mismo fenómeno se verifica en el desenvolvimiento de cada una de nuestras facultades y en la marcha que ha seguido la inteligencia del hombre. Hubo un tiempo en que el poeta sólo era poeta, y el filósofo sólo hablaba de Filosofía. Así fué Homero en la cuna de la civilización: la Grecia fué para él un gran templo, como su voz el acento de las Musas; su existencia un solo himno, su corazón una lira. Así Pitágoras, sediento de verdades, iba á buscar la ciencia entre las ruinas de la civilización antigua y entre el polvo de los siglos; y mientras escuchaba la celeste armonía de los globos que llenaban el espacio, las convulsiones del mundo se estrellaban á sus pies, sin ocupar su inteligencia. Así Platón, indiferente á las tempestades de la sociedad y refugiándose en el mundo de sus ideas, contemplaba en su elevación las esencias de las cosas, y miraba pasar desde su altura el torbellino de las pasiones humanas. Estos grandes genios de la antigüedad, separados de la sociedad en que vivían, pensaban que el filósofo no debía ser arrastrado por su torrente, y que sólo debía ejercitarse en la contemplación de las verdades eternas, viendo pasar la vida como un sueño y el mundo como un fantasma. Pero la sociedad moderna es más poderosa que el hombre, que ya no se pertenece á sí mismo: ella le arrebató de su cuna, y no le dejó sino cuando le ha conducido á su sepulcro. Estando la sociedad así

<sup>1</sup> Lógicamente consideradas, las especies son obra de nuestro entendimiento; pero consideradas como conjunto de seres que tienen el mismo origen y la misma naturaleza y esencia, sólo Dios ha podido criarlas, y las ha criado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

constituída, las ciencias y las artes se han sometido también á su yugo y marchan en su misma dirección.

Luego que desaparecieron de la sociedad las jerarquías, desaparecieron de las ciencias las clasificaciones y los géneros<sup>1</sup>: la misma revolución que ha hecho que se confundan los individuos, las clases y las naciones en una sola sociedad, animada de una sola vida, obedeciendo á un solo impulso, marchando en una sola dirección y cumpliendo un solo destino, ha hecho también que todas las ciencias se reúnan en un solo punto, que á todas las artes presida un solo pensamiento, y que todo, en la sociedad como en el hombre, lleve el sello de un solo carácter y se dirija á un solo fin. Ya un mismo hombre será filósofo en su gabinete, legislador á la cabeza del Gobierno, poeta en el comercio con las Musas y orador en el torbellino de las pasiones. El que, en el período actual del espíritu humano, preguntase á un poeta por qué mezclaba el género lírico con el épico, aquél con el dramático y éste con el descriptivo, podrá ser un sabio, pero la sociedad de Europa no entenderá su pregunta.

¿Es éste un bien? ¿Es un mal? Esta confusión de cosas y de hombres, ¿es el efecto de una civilización que marcha ó de una sociedad que se abisma en el primitivo caos? Los síntomas que nos asombran, ¿son los que anuncian la muerte ó los que anuncian una regeneración? Esta anarquía social, ¿es la que invade á las naciones próximas á disolverse, ó la que se observa por un momento en las que van á ser iluminadas por una nueva aurora? Yo no lo sé; pero si se considera con atención esta sociedad agitada y palpitante, sus oscilaciones se parecen menos al movimiento de la vida que á las convulsiones de la muerte: el murmullo sordo que se escucha en la profundidad de su seno se parece al que se observa en los mares que aguardan la tempestad, ó al gemido doloroso y profundo del que pena.

<sup>1</sup> Ni las jerarquías sociales han desaparecido, ni de las ciencias naturales pueden desaparecer las clasificaciones.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Sin duda ninguna, el carácter de la sociedad de Europa es melancólico y severo: bien sea porque, habiendo llegado á su madurez, la melancolía es el carácter propio de las sociedades avanzadas; bien sea porque, oprimida bajo el peso de las revoluciones, lleva estampada en su frente la huella del infortunio; ó ya porque, habiendo llegado al período más alto de su perfectibilidad, ha recibido el carácter severo y melancólico de la razón que la guía y del dolor que la acompaña; siempre es indudable que parece cubierta de luto, que las gracias de su juventud han huído de su seno, y que algo de lúgubre y doloroso, que por todas partes respira, parece anunciarla una catástrofe funesta. Boguemos, pues, en este mar agitado de huracanes, con la seguridad de la desesperación ó la indolencia de la incertidumbre: así el marinero que ha perdido su estrella se abandona á la merced de los vientos, arroja una mirada serena hacia el rayo que desciende y el abismo que le aguarda, y entonando una canción monótona, cruza los brazos y espera inmóvil su destino. Cualquiera que sea el porvenir de la Europa, los hijos del canto no abandonarán á sí misma á la sociedad que les ha dado la existencia: ellos estarán siempre dispuestos á celebrar sus triunfos ó á consagrar su agonía.

Yo he creído que debía manifestar al público estas observaciones, porque me parece que no son indiferentes ni para la sociedad ni para el arte. Si el poema que me ha servido de ocasión para escribirlas no merece la aceptación de los inteligentes, yo espero que meditarán con detención las consecuencias importantes que pueden deducirse del sistema que he empezado á bosquejar en este prólogo; indiferente, como autor, al destino que puedan sufrir mis producciones, no lo seré nunca al que pueda caber en suerte á las verdades importantes y fecundas. Si ellas quedan, ¿qué importa el autor? ¿Qué importa el hombre?

JUAN DONOSO CORTÉS.

MADRID, Febrero de 1833.

## CANTO

Ya en los nublosos mares de Occidente,  
Por las calladas Horas conducido,  
Refresca el Sol su enardecida frente  
En las sonantes ondas sumergido:  
Con velo funeral ciñe al Oriente  
La obscura noche, el manto desprendido  
Que en negro pabellón cubre á Zamora,  
Mientras su Reina desolada llora.

Regia estancia con paso vacilante  
Bañada en llanto mísera oprimía,  
Agitado su seno palpitante,  
Cual suele el mar en tempestad sombría.  
En la gótica bóveda, expirante  
Débil antorcha solitaria ardía,  
Que un esplendor funesto dilatava,  
Y su semblante pálido bañaba.

Y rompiendo el silencio pavoroso,  
Con ¡ay! profundo por la vez primera,  
Lánzase de su pecho silencioso  
Hondo suspiro á la celeste esfera.  
—“¿Me diste ¡oh Dios! el cetro poderoso  
Para que inútil en mis manos muera?  
¿Será inflexible tu fatal venganza?  
¿Daré el último adiós á la esperanza?”—

Dice, y suspende repentina el llanto,  
Y el soplo de la muerte descolora  
Su nítido carmín: huye el encanto  
Que dió á su frente la rosada aurora:  
Prueba otra vez á hablar; pero entretanto  
Que para alzar la voz al Cielo implora,  
En su garganta su gemido expira,  
Y solo el triste corazón suspira.